

El pensamiento africanista hasta 1883. Cánovas, Donoso y Costa

POR
AZUCENA PEDRAZ MARCOS

El pensamiento africanista español del siglo XIX tiene al menos dos etapas: una, que coincide con el cuarto, quinto y sexto decenios de la centuria; y otra, que comienza hacia la séptima década y que se prolongará hasta finales del siglo, con una cota máxima de actividad hacia mediados de los años ochenta. La primera etapa corresponde al período que rodea a la Guerra de África de 1859. En pleno romanticismo, los valores que soportan este pensamiento serán: Dios, el *Honor* y la *Tradicición*;¹ y sus exponentes máximos serán Donoso Cortés y Cánovas de Castillo en su ardiente juventud. Su influencia se dejará sentir, fundamentalmente, en la justificación de la aventura colonial africana de España ya en el siglo XX, y, de manera especial, en la utilización de esta actividad colonial como cantera de valores militares y buque insignia del régimen dictatorial de Franco.²

La etapa africanista que comienza en la séptima década del siglo XIX tiene unos condicionamientos que delimitan poderosamente su actividad. La política económica liberal de los gobiernos del Sexenio había promocionado las inversiones de capital extranjero en nuestro país y había instaurado progresivamente el librecambio como ideología arancelaria; estas medidas darían un fuerte impulso a las actividades mineras, industriales y comerciales del país, llevándole a unas condiciones de prosperidad que tendrán su máximo reflejo, una docena de años después, ya en el período de la Restauración.³ Costa, máximo adalid de esta corriente, describirá de esta manera la situación económica de España en 1883, durante la celebración del Congreso español de Geografía Colonial y Mercantil: «El progreso general del país en todos los órdenes de la actividad humana, el impulso considerable que han recibido las vías interiores de comunicación, carreteras y ferrocarriles; el mejoramiento de los puertos comerciales y del alumbrado marítimo; las reformas arancelarias y los tratados de comercio, que han acrecentado el consumo interior base del tráfico y con el consumo la producción; el desarrollo de la industria minera, la transformación de la agricultura con el cultivo arbustivo y arbóreo; la supresión del derecho diferencial de bandera, el despertamiento, siquiera incipiente, del crédito, el relativo desahogo de la Hacienda Pública y la proscripción de los empréstitos...».⁴ Los africanistas de esta

segunda etapa se adscribirán, por tanto, al pensamiento librecambista, y su lucha contra el proteccionismo, al que consideran una rémora en el desarrollo del tejido productivo del país, tendrá su recompensa en la inusitada duración del Arancel librecambista de 1869, que durará hasta 1891. Sin embargo, la burguesía industrial y comercial del país, amplia y fluctuante, que apoyará en un principio la legislación librecambista, se volverá timorata en poco tiempo apoyando el régimen político de la Restauración, que proporciona estabilidad y se muestra tolerante con las acumulaciones capitalistas.⁵ El discurso de la regeneración interior como justificación de esta abulia comercial, se mostrará pacato ya en esa época, a decir de Coello: «Lo peor es que tampoco se trabaja en esa regeneración interior que se toma como pretexto para no mezclarse en lo de fuera».⁶

Librecambistas, en cuanto al pensamiento económico; intervencionistas, en lo que se refiere a política exterior, como su denominación -africanistas- señala; compartían con los abolicionistas su ideología sobre colonialismo. Gil Novales hace una caracterología del pensamiento del grupo: «Tolerantes en materia religiosa, filosóficamente estas sociedades se mueven en torno a la renovación del pensamiento suscitado en España por el krausismo, aunque queden en ellas muchos rasgos de pensamiento utópico (el librecambismo mismo en España era utópico). Es decir, no se trata de sociedades revolucionarias, aunque su agitación acabó informando matices de revuelta; aceptan el orden constituido, y quieren convencer a la *opinión* de la justicia de sus propósitos, a la vez que contribuyen a la formación de esta opinión pública».⁷

Sin embargo, ni unos -los ideólogos de la guerra de África-, ni otros -los africanistas de los años 70 y 80-, consiguieron arrastrar grandes multitudes en su preocupación colonial. Tan sólo frente a algunos hechos concretos -bélicos, en su mayoría-, la prensa se asociará a esta expresividad colonial; aunque en un país, que, según el censo de 1877, contaba con un 72% de analfabetos, resulta arriesgado considerar a la prensa como portavoz de la opinión pública. Roberto Mesa encuentra dos motivos que justificarían esta despreocupación pública: «La primera causa se registra en todas las esferas públicas del país que sufre un clima de liquidación, o cuando menos de indiferencia; el español que vive mal y tardíamente las etapas de la revolución industrial, no ve en las colonias la panacea económica de sus padecimientos sociales. La segunda causa viene ofrecida por la prolongada situación de precariedad atravesada por las generaciones de aquella época; dividido el país por epidemias y guerras, en conservadores y liberales, en carlistas e isabelinos, en monárquicos y republicanos, diezmado por el hambre y por las enfermedades, pasa, la metrópoli, por unos períodos de gestación democrática, mejor institucional, que le impiden alcanzar la quietud política necesaria para mantener una postura firme y continuada en los territorios sometidos; que habrían de aumentarse, tales trances de conmoción, por el nacimiento y los primeros brotes violentos de un proletariado español auténtico, con sentido de lucha de clases, en ciertas zonas geográficas».⁸ En este contexto, la base doctrinal del africanismo, que propugnaba una penetración pacífica y civilizadora en África, desde las plazas españolas norteafricanas, respetando la soberanía e integridad del Imperio marroquí, deja de tener sentido frente a las tendencias expansivas de las potencias europeas próximas a consumir el llamado «reparto de África».⁹ El pro-

blema colonial africano se resuelve para España de una manera anacrónica: «España, por razones obvias económicas y políticas, ha quedado fuera de la carrera colonial-imperialista».¹⁰

I. DONOSO CORTÉS O EL PENSAMIENTO AFRICANISTA ISABELINO

Juan Donoso Cortés fue un teórico de la reacción que dominó Europa entre 1848 y 1860. Incapaz de concebir -por desconocimiento- los peligros del fascismo en sus propias soluciones, pidió la dictadura o un gobierno autoritario firme, que se enfrentara a los peligros revolucionarios que habían assolado Europa. Así le ve Graham, en una descripción del que él consideraba uno de los más grandes filósofos históricos del siglo XIX. «*He was a romantic idealist, but with a streak of cold realism, a thinker bent on action, an ascetic moralist embroiled in Realpolitik who, although he preferred voluntary moral and religious revival, wanted to save society and civilization against its will through dictatorship*»¹¹. Aunque, su cristianismo positivista y su tradición monárquica no le impidieron estar más abierto a los cambios y a las reformas que otras figuras europeas Burke o Metternich-, y no fue nunca absolutista, sino elitista, añade Graham más abajo. El pensamiento donosiano, insuficientemente considerado por los estudiosos españoles fue, sin embargo, tenido en cuenta por algunas figuras europeas en su tiempo-Luis Napoleón, Pío IX o las reinas de España Isabel y María Cristina- y, ya en el siglo XX, se convirtió en uno de los referentes de la ideología del totalitarismo en Europa y en España.

La exposición del pensamiento africanista de Donoso Cortés tuvo su momento álgido durante la discusión sobre la política exterior del Ministerio Pachecho en 1847, en el que presentó la cuestión de África como un tema de supervivencia, pensamiento ya en boga por entonces y que, según Morales Lezcano,¹² haría las delicias de un Jules Ferry, en Francia, y de un Lord Salisbury, en Inglaterra, a finales de siglo. Para Donoso, tres factores condicionaban la política exterior de España: su situación geográfica, su historia, y «la presencia determinante de otros tres países: Inglaterra, Francia y África, sobre todo la del Norte». El peligro de un acuerdo entre las dos primeras potencias se traduciría en una pérdida de soberanía e independencia aún en nuestro propio suelo; con lo que sólo se vislumbraría una salida hacia el Sur que Donoso formula de la siguiente forma: «Si asentar nuestra dominación en el África es para nosotros una cuestión de engrandecimiento, *impedir la dominación exclusiva de ningún otro pueblo en las costas africanas es para nosotros una cuestión de existencia*».¹³

El factor geográfico, por su parte, lleva a España a ser considerada fronteriza entre el mundo europeo y el mundo musulmán: «España es un puente geográfico, pero también cultural, entre Europa y África». Pero España, tampoco es Europa, según Sevilla Andrés. Nuestra historia corre más abrazada a lo que ocurría en la frontera sur y en las colonias americanas, que influenciada por la civilización europea. «Por eso nosotros tenemos un sentido mesiánico de la vida, que comparten pocos pueblos en el Universo. Si exceptuamos los esclavos y judíos difícilmente encontraremos otro que se sienta más volcado [*sic*] a una cruzada, apenas cree llegada la

ocasión».¹⁴ Basada su concepción histórica en la revelación divina, para él, la civilización católica es la única verdadera. Pero aparte del sentido misional o del destino de nuestro pueblo, Donoso opina que España tiene un interés económico en el Norte de África porque ambas regiones son complementarias. «Somos un país agrícola, el día en que en el territorio, en el cual se dan las mismas materias que las nuestras se establezca definitivamente una nación más civilizada y con más conocimientos que nosotros en la agricultura, ese día se nos cerrarían todos los mercados del mundo».¹⁵ Donoso reclama para España la influencia que le corresponde en Portugal y África, pues si en la primera se estableciera Inglaterra, la concurrencia de los fabricantes ingleses destruiría nuestra industria, mientras que, si Francia ocupara el Norte de África, los cultivadores franceses arruinarían nuestra agricultura.

Sevilla Andrés ve en esta concepción de Donoso, del Norte de África como una zona de seguridad para España, un adelanto a las doctrinas político-estratégicas del siglo XX, en el que los americanos justificaron su participación en la II Guerra Mundial basándose en la doctrina de Monroe de la defensa del hemisferio occidental como zona de seguridad. Y cita nuevamente a Donoso: «¿Qué sería de nosotros, dice, señores, con una Francia en el norte y otra Francia al mediodía? ¿Qué sería, señores, de España? ¿Qué sería de ese nombre glorioso de una nación grande en el mundo? Se convertiría en un departamento de la Francia. No temo decirlo: ese día, políticamente hablando, esa gran nación, esa poderosa raza, dejaría de ser una nación independiente, dejaría de tener una existencia política».¹⁶ Galindo Herrero, por su parte, apoya esta tesis de la visión donosiana de Francia como la mayor interferencia en el asentamiento del dominio español en África, pero sólo a España corresponde esta labor de puente entre Europa y África: «Todas las corrientes, todos los sentimientos, todas las costumbres, todas las doctrinas, todas las influencias, no pueden recibirlas, uno y otro continente, sino a través de España».¹⁷

Esta interferencia francesa se hará más patente a Donoso en su época como Ministro en París, a pesar de la admiración que siente por el país: «Europa ha sido, es y será siempre lo que la Francia sea». Pero Donoso, según Fraga Iribarne, no se hace grandes ilusiones respecto a las posibilidades de su generación; en realidad, no llegará a ser testigo de la guerra de África, pues morirá en 1853. «La diplomacia, que representaba, según él, uno de los grandes principios de la civilización..., va a ser sustituida cada vez más por la pura consideración de los intereses egoístas, de una clase dirigente, de unos grupos económicos o de una clase social y revolucionaria».¹⁸ Unas nuevas condiciones sociales económicas y políticas se abrirán paso en la década siguiente, pero aún, «Dios, Honor y Tradición» sigue siendo el *leit-motiv* de este pensamiento africano.

2. CÁNOVAS DEL CASTILLO: DEL ARDOR DEL JOVEN, A LA PRUDENCIA DEL POLÍTICO

El interés de Cánovas por África viene justificado por su nacimiento a las puertas de este gran continente, en la ciudad de Málaga, y por la influencia de su tío, Estébanez Calderón, profesor de árabe en el Ateneo matritense, que le recogió en su

casa cuando éste llegó a Madrid en 1845.¹⁹ Ya desde muy joven siente gran interés por la historia, del que no escapa la historia del vecino país magrebí. Las intervenciones de las potencias europeas en la costa septentrional del continente africano le harán ver, ya en 1852, la necesidad de un Marruecos independiente como garantía para la propia seguridad de España.

En la primera edición de su obra *Apuntes para la Historia de Marruecos*, en 1851, Cánovas formula su pensamiento acerca de la conveniencia de extender la frontera de España hasta el Atlas, para cumplir el destino de nuestro país en el continente africano. Tres ideas claves sobre la acción de España en África aparecen ya en esta obra: nuestra misión es civilizadora, necesaria «para asegurar nuestra posición ante Europa» y «para cumplir en África nuestro destino».²⁰ África como constante geográfica e histórica en la acción de España será una de las claves de su pensamiento africanista. Pero, este ardor juvenil se verá rápidamente frenado por el imperio de la realidad socio-política del país, y en 1860, tras la guerra de África, Cánovas suavizará su afán de conquista inmediata, postergándola a tiempos mejores, pero sin olvidarla: «La idea de dominar en África y reconstituir allí nuestros antiguos límites es en sí grande, noble, útil, posible en la historia... Más juzgando con frialdad las cosas... ¿debía nadie exigir que hoy mismo, apenas restablecido el país de sus largas discordias, convaliente la hacienda, naciente la actividad productora del comercio, la agricultura y la industria, se emprendiese la obra de llevar de una vez al Atlas nuestra frontera? Aunque sean esos los destinos de nuestra raza en su futuro desarrollo histórico ¿no había hasta el peligro de malograrlos para siempre, pretendiendo su cumplimiento a deshora?... La política es la realización en cada momento de la historia de la parte que en él es posible llevar a cabo de la aspiración ideal de una raza o de una generación entera de hombres. Sólo la poesía puede prescindir del tiempo y del espacio, del número y de la medida, en la expresión de sus sentimientos».²¹ Se comienza a vislumbrar aquí el carácter prudente del hombre político que será Cánovas en poco tiempo.

Las «responsabilidades» que entraña la participación activa en el poder, llevarán a Cánovas a hacer una revisión práctica de su programa teórico de juventud. Su compromiso con el sistema político de la Restauración, su implicación en una política de reconstrucción y reconciliación interior, le llevan a adoptar una política exterior de recogimiento, que buscará mantener el *statu quo* de Marruecos como toda actuación en el vecino continente. Cánovas no se dejará llevar de «entusiasmos desmedidos. Conocedor como pocos de la situación real del país, procuraba no comprometer nuestro creciente bienestar en empresas exteriores de problemático desenlace».²²

Esta postura le llevará a un enfrentamiento, escasamente solapado -a pesar de la visión de algunos de sus biógrafos, y de la corroboración de la ocupación llevada a cabo por la Sociedad de Africanistas de la costa africana entre Cabo Bojador y Cabo Blanco-, con los africanistas de los años ochenta, a los que reprochará la insensatez de su «política de aventuras». Gonzalo Repáraz criticará a las personas que pertenecen a este grupo, precisamente por su enfrentamiento con los africanistas: «Entre las gentes que viven de la vulgaridad y del lugar común, circula una frase hecha, que

impone pavor en el ánimo de los que piensan con cerebros ajenos: *la política de aventuras*, es para esa gente cosa abominable; implicaría la pérdida de España. Quisiera yo saber lo que entienden por política de aventuras, esos que con tanto ardor la combaten. Política de aventuras es a mi entender la que tuvo España en tiempo de los reyes Austríacos, o Francia reinando Napoleones. Consiste en andar a caza de conflictos que suscitar, bien por defender una causa cualquiera, convenga o no al país, bien por amor a la gloria o por puro capricho. Política semejante, no hay en España quien la defienda... La política de los africanistas es esencialmente pacífica».²³

Sin embargo, el mismo Repáraz disculpará la actitud de Cánovas en el Congreso español de Geografía Colonial y Mercantil, quien, ocupado en los últimos años en la regeneración interior del país, había perdido el contacto con las últimas corrientes que se venían imponiendo en la ciencia geográfica. A pesar de esta confrontación sufrida por Cánovas, éste como hombre de gran talento que es y dotado de facultades asimiladoras poco vulgares, comprendió que aquellos entusiasmos, aquellas ansias de expansión y de movimiento obedecían a una necesidad imperiosa; que combatirlos equivalía a herir la vitalidad de la nación en una de sus más enérgicas manifestaciones y convencido de la necesidad de encauzar y dirigir aquella fuerza nueva, se consagró a estudiarla. Ha podido seguir de cerca esta evolución y conocerla por lo tanto en todos sus detalles. El discurso pronunciado por el Sr. Cánovas en la sesión de clausura del Congreso de Geografía pertenece precisamente al período en que sus ideas sufrían esta transformación. Fue un discurso de generalidades, de lugares comunes, en el que luchaban en su mente las convicciones antiguas con los gérmenes de las nuevas, que empezaban a desarrollarse. Desde aquel día estudió con ardor todo lo relativo a las cuestiones coloniales, y cuando algún tiempo después se imprimieron las actas del congreso, él mismo corrigió su discurso, modificándolo en muchas partes y dándole ya un carácter acentuadamente colonialista».²⁴ Desde luego, no es la impresión que transmiten las *Actas* del propio Congreso, que si estaban modificadas, como dice Repáraz, dejaban traslucir un escaso carácter colonialista. «Desconfiad de los optimismos», dirá, para cercenar cualquier atisbo de aventura. «Desconfiad, por tanto, de que vuestras empresas -cuando sean remotas y largas- las ejecutaréis siempre en paz; desconfiad así de toda extensión de territorio, por mucho cariño que tengáis a ella, si no estáis a toda hora dispuestos y no poseéis medios bastantes para garantirla [*sic*] con la espada; desconfiad, en suma, de expansiones excesivas, y muy principalmente de conquistas coloniales que os hayan de costar más de lo que valen en sí o que, sobre todo, estén, valgan o no, por encima de vuestros medios actuales. Limitáos a aquello que es hoy hacedero, preparad lo que sea posible mañana, marchad lentamente y con grandísima prudencia, curáos de las ilusiones que os queden, no fiando a ninguna solución optimista la solución de los problemas del porvenir».²⁵

Esta misma línea mantendrá en 1885, cuando contestando a un discurso de Labra sobre la ausencia de una política colonial, en el Congreso de los Diputados, dirá: «Tal vez mi orgullo es tan ciego que mientras nuestra palabra y nuestra acción no puedan emplearse eficaz y decididamente prefiero y preferiré siempre, hasta con exceso, la abstención y el silencio».²⁶ Y, un año antes de su muerte, llegará incluso a

retractarse de su pensamiento juvenil, debido al estado de postración y decadencia en que consideraba a España. «Entonces escribí yo una frase que adquirió cierta celebridad, la de que la frontera de España no estaba en el Estrecho de Gibraltar, sino en la falda del Atlas. Por bastante tiempo se me echó en cara esta frase, pretendiendo que yo la sostuviera y que, como hombre político lanzara a España a apoderarse de la falda del Atlas. Pues yo me desdigo, no porque no sea ese un gran pensamiento; no porque nuestra historia haya sido tan poco afortunada; no porque hayamos tenido tantas desdichas; no porque no hayamos llegado a organizar nuestra hacienda de una manera permanente; no, en fin, porque, si esa posibilidad hubiese existido, no hubiera entendido que esa frase juvenil pudiera fácilmente cumplirse; pero hoy, los años, me vedan ésto».²⁷

3. EL PENSAMIENTO AFRICANISTA DE COSTA HASTA EL CONGRESO DE GEOGRAFÍA DE 1883

La figura de Costa, difícil de clasificar en un mundo político que pretendía ser bipolar,²⁸ ha sido estudiada en numerosas ocasiones, ensalzada muchas veces y mirada compasivamente muchas otras; pero casi nunca comprendida en su globalidad. Y es que el pensamiento de Costa, de formación autodidacta y multidisciplinar, aborda todos los campos del conocimiento al pronunciarse sobre las situaciones que le son próximas. «El pensamiento político de Costa es inseparable de su trayectoria vital» para Gil Novales, que hace a continuación un perfil biográfico de nuestro personaje. Católico, que no carlista, abrazó el krausismo tras abandonar su fe. Liberal, apoya las revoluciones, pero odia la violencia; de ahí, que tenga siempre prejuicios ante todo lo que signifique cambios por la fuerza. Influenciado por el Derecho, al que exalta desde el krausismo como una disciplina que se convierte en «la gran sinfonía universal», también queda marcado por su paso por la Escuela Histórica del Derecho: el nacionalismo, la costumbre, y «el enaltecimiento de lo primitivo y original», serán ideas que aparecerán a lo largo de toda su vida.²⁹

Las contradicciones que llenan la vida de Costa quedan fielmente reflejadas en este apunte de Gil Novales, nuevamente: «... profundamente liberal, le duele que el liberalismo no sea consecuente; partidrio de una revolución que arregle los problemas del país -y no le faltan ejemplos históricos para ella-, tiene miedo de la misma; acercándose en su planteamiento de los problemas a soluciones socialistas, desconfía del socialismo; adopta posiciones jurídicas partiendo del nivel más popular, posiciones que algunos han llamado ácratas, pero nada más lejos de su pensamiento y de su personalidad que la forma de ser y de pensar de los anarquistas, españoles o no».³⁰ Su vida profesional también estará llena de ambigüedades: fracasos en la carrera pública, frente a una vida saturada de trabajos fructíferos y de gran erudición que le hicieron ganar el reconocimiento de la intelectualidad del momento y de después. Oficial letrado en Huesca, en 1880, se colegió de abogado en Madrid y se hizo pasante. En 1888, pidió, sin éxito, su admisión como vicesecretario del Banco de España. Giner quiso recomendarle, pero Costa se negó. Su paso por la Universidad, donde, en cuatro años, sacó dos licenciaturas y dos doctorados en Derecho y Filosofía y Letras, le llevó a colocarse por oposición, en 1874, como profesor

auxiliar de la Universidad de Madrid, en el camino hacia una cátedra, que no llegó a ocupar al tener que salir de la Universidad por no aceptar las directivas de Orovio, Ministro de Fomento, en 1875. «A pesar de preparar otras oposiciones a cátedra, tuvo, para vivir, que trabajar en otros lugares como letrado oficial o abogado». ³¹ En unas oposiciones a notariado sacó el número uno en Granada, de donde pasó a Jaén en 1890 y de allí a Madrid en 1894. ³²

La preocupación de Joaquín Costa por los temas referentes a la geografía, el colonialismo, el africanismo y, por ende, el abolicionismo, comenzó hacia la mitad de la década de los setenta. Su paso por la Exposición Universal de París en 1867, dejó una fuerte impresión en el adolescente Costa y estará en la base de este interés por una ampliación de los horizontes del conocimiento, que su experiencia autodidacta le permitirá asumir perfectamente. En los comienzos del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, ya aparece Costa como asiduo colaborador, y en ellos comienza a mostrar su africanismo pedagógico, con artículos sobre la situación del Noroeste africano en tiempos del Imperio Romano, ³³ o haciéndonos partícipes de los viajes de exploración de los expedicionarios del siglo pasado, ³⁴ esas expediciones en las que él nunca podrá tomar parte por su naturaleza enfermiza. Esta faceta enfermiza de Joaquín Costa será una agonía más que tendrá que soportar un hombre vital, lleno de proyectos; pero no será una rémora en la elaboración de su pensamiento. Aunque le impida ser un geógrafo de campo, tomará parte en la elaboración de las excursiones que se realizan en la Institución Libre de Enseñanza (ILE), en la que entrará como profesor de Historia de España y Derecho administrativo, en 1880. La experiencia pedagógica de la ILE será clasificada por Costa como muy positiva, y su influencia se dejará sentir en su obra, en la que explicará la metodología de la Institución, que tanto le impresionó, así: «No estudia el niño la geografía de la península en el mapa sino haciéndola él, recorriéndola en todas las direcciones; no estudia la Naturaleza en el Museo sino formando el Museo por sí mismo, yendo a buscar los objetos donde la Naturaleza los ha expuesto». ³⁵

Durante su estancia en la ILE, hasta 1883, Costa participó entusiastamente de todas sus actividades, tanto en su faceta pedagógica como de director del BILE; y la Institución le sirvió para introducirse en el Círculo de la Unión Mercantil, el Ateneo y la Sociedad Abolicionista. Pero, «Costa estaba demasiado obsesionado por la necesidad de actuar directa y urgentemente para avenirse a pasarse la vida en los confines de la Institución»; ³⁶ y en 1883, dio el salto a la Sociedad Geográfica donde comenzará su etapa intensa de africanista.

El africanismo de Costa tiene un carácter idealista y fraternal, como explica Gil Novales siguiendo la conferencia de Joaquín Costa en el *meeting* del Teatro de la Alhambra, en la primavera de 1884: «La obra de España en Marruecos debía tender a la restauración de la personalidad marroquí, hasta que fuese capaz de reivindicar Ceuta frente a la propia España. Tanta generosidad no debió caer bien en los colonialistas que le escuchaban -continúa Gil Novales-, pero el pensamiento de Costa, cada vez más idealista, digamos que cada vez más jacobino, no debió darse cuenta de la contradicción que esas palabras y toda su actitud expresaban». ³⁷ El hermana-

miento entre España y Marruecos es otra de las características que presiden el pensamiento africanista de Costa. Un hermanamiento geográfico, en el que aparece la idea del Atlas como frontera natural de España, que ya vimos en Cánovas y que es una constante del pensamiento africanista de la época. «España y Marruecos son como las dos mitades de una unidad geográfica, forman a modo de una cuenca hidrográfica, cuyas divisorias extremas son las cordilleras paralelas del Atlas al Sur y del Pirineo al Norte, entrambas coronadas de nieves perpetuas, y cuya corriente central es el Estrecho de Gibraltar, a la cual afluyen, de un lado, en sus pesadas caravanas, los tesoros del interior del continente africano, y del otro, en sus rápidos trenes de vapor, los tesoros del continente europeo. Lo repito. El Estrecho de Gibraltar no es un tabique que separa una casa de otra casa; es, al contrario, una puerta abierta por la Naturaleza para poner en comunicación las dos habitaciones de una misma casa». Y una hermandad de la raza que encuentra también justificación en Joaquín Costa, a quien no se le escapan antecedentes históricos tan remotos como la colonización del norte de África por los mismos pueblos indoeuropeos que poblaron España: «hoy en Marruecos el testimonio de ese hecho histórico es una tercera parte de su población, que es rubia, y en infinidad de dólmenes, túmulos y menhires que cubren su suelo idénticos a los de nuestra Península».³⁸

Esta forma de pensar le lleva a sugerir una política hispano-marroquí basada en la «intimididad», que produce esa hermandad de que habla, y en la «restauración» de la personalidad marroquí que tantas veces había sido violada por los europeos. En una conferencia explicaba en el Círculo de la Unión Mercantil -citada por todos los estudiosos de Costa, como detonante de lo que sería su actividad africanista en los años venideros-, en 1882, Joaquín Costa critica la dejadez colonizadora española frente a la actitud francesa e inglesa. Respecto de la forma de colonización de franceses e ingleses, parece más efectiva a Costa la de estos últimos, que utilizan como herramienta el comercio frente al uso de soldados hecho por Francia. De Francia dice que más le valdría guardar sus fronteras europeas en Alsacia y Lorena, por entonces amenazadas, que enemistarse con Italia y España intentando expandir las fronteras oriental y occidental de Argelia, cuando ni siquiera tiene bien afianzadas las del sur. Del sistema inglés, un par de ejemplos le convierten en el más eficaz y, por ello, tamible: Mackenzie, con su teoría sobre la creación de un mar interior en el Sáhara mediante un canal gigantesco que principie en el río Belta, lo que ha conseguido es inundar el Sáhara con las mercancías inglesas, estableciendo una factoría en Matas de San Bartolomé, donde ha aguantado el tipo a pesar de los ataques de los indígenas; el otro ejemplo lo constituye la construcción de una fortaleza en Cabo Yubi y la adquisición del monopolio del comercio en la costa del Sus por parte de una compañía inglesa mediante negociación con el gobernador de aquel territorio. Mientras, el sistema español consiste en el uso de la dialéctica sin propósito alguno: «nosotros nos contentamos con hablar mucho, en estilo altisonante, del testamento de Isabel la Católica y de Cisneros, de la misión providencial que nuestra raza tiene que cumplir en Marruecos, de los derechos que la tradición y la historia han conferido a nuestro pueblo, de las glorias adquiridas y de la sangre derramada por nuestros heroicos abuelos en las pérfidas costas africanas, etc., etc.; y así, disipándose por la boca toda la virtualidad de nuestro espíritu, dejamos que los demás, sin haber tenido

que abrir ningún testamento, ni contar con glorias ni tradiciones, ni tener destino providencial alguno, ni haber derramado sangre, ni dárseles un ardite de nuestros abuelo ni de sus nietos, vayan plantando su bandera en esos territorios que nos parece que han de venir a nosotros como llovidos del cielo».³⁹

Es la historia de la acción de España en África, utilizada por todos los autores de la época, sin excluir a Costa que en otros escritos cita los antecedentes ibéricos del Norte de África -la Hispania tingetana y la Hispania transfretana del Imperio Romano-, que, si en algunos casos (acontecimientos bélicos) es un revulsivo para la movilización de la conciencia del país, en el momento en que habla Costa supone una rémora a la actuación colonial moderna.

En esta conferencia aparece también un elemento histórico de plena vigencia en la segunda mitad del siglo XIX, como indica Jover;⁴⁰ nos referimos al iberismo. Quizá utilizado anacrónicamente, pues esta ideología había perdido fuerza tras la conclusión del período de unificaciones en Europa (1848-1870), el iberismo le sirve a Costa para justificar la asunción española del problema que Portugal mantiene con sus colonias africanas. «España tiene un presente, es cierto, y otro presente distinto Portugal, pero el porvenir les es común; y por ésto, no puede ser indiferente a la una ningún problema que se roce con el porvenir de la otra... No me cansaré de repetirlo: Portugal es España, la España irredenta».⁴¹ Así, propone Costa que desarrolle España su industria y su comercio en esos territorios, de lo que acabaría beneficiándose Portugal. ¡Cómo si no tuviéramos bastante con nuestros propios problemas coloniales!

Pero el discurso de Costa, a pesar de sus erudiciones-inseparables de su educación histórica-, y de su idealismo, está lleno de actividad y de praxis. La pasividad del Gobierno español respecto de sus áreas de influencia en África, es tal, que lleva a la exasperación de Costa en numerosas ocasiones; como cuando se discute en el país sobre el problema de Santa Cruz de Mar Pequeña, dos décadas después que fuera tratado y aparentemente zanjado: «Después de haber necesitado 22 años para resolvernos a *hacer* algo, es justo poner por delante otros 22 para juntas, comisiones y dictámenes, que decidan lo que debe hacerse; sólo que se corre el riesgo de que si nos resolvemos a la postre por Santa Cruz, cuando llegemos, Berbería tenga ya virrey inglés, fortalezas y ciudades inglesas y batallones de cipayos. Si la política del Reino Unido procediese por el funesto sistema de comisiones y de consejos, todavía a estas horas estaría recluso en sus dos pequeñas islas atlánticas, y no dominaría en la India, ni en Australia, ni en El Cabo, ni en Chipre, ni en Suez, ni en los consejos de Fez, ni en el mercado del Sus, ni se hablaría la lengua de Shakespeare en la mitad del continente americano».⁴²

El pensamiento africanista comparte los presupuestos de la ideología civilizadora decimonónica, que a su vez se halla influenciada por el dominio del capitalismo y la revolución industrial en la economía del XIX; lo que le hace sentir de forma agónica, no sólo la pasividad de nuestros Gobiernos, sino también la de los comerciantes, que, como agentes civilizadores, debían tomar posiciones allá donde la prudencia diplomática no llegue. «Nuestra política en Marruecos es la más funesta y desastrosa

de las políticas: consiste en no tener ninguna. En esto caminan a la par nuestros diplomáticos y nuestros comerciantes: los primeros abandonan el imperio marroquí a los ardides y a las habilidades de la diplomacia británica; los segundos abandonan el comercio marroquí a la activa gestión de los mercaderes ingleses. Entre unos y otros han desmoronado el edificio tan trabajosamente levantado por la bayoneta de nuestros soldados».⁴³

La desidia de los capitalistas españoles lleva a Costa a denunciar sus formas de inversión ya en 1883: si con anterioridad habían ido a parar al Tesoro Público, lo más seguro por entonces; se dedicaban en la actualidad a los negocios inmobiliarios, pero dedicándose a construir barrios residenciales para gente adinerada, dejando a los más menesterosos hacinados en sus miserables casuchas. La crítica social viene a unirse a la crítica económica; nada de riesgos en la inversión. No extraña, pues, a Costa la escasa importancia de España en el concierto de las naciones europeas, que cree es la consecuencia directa de la escasa importancia de nuestro comercio exterior: «el comercio exterior es hoy el termómetro de la riqueza, de la virilidad y de la robustez de los pueblos: los pueblos pobres no tienen medios de combatir; y los pueblos que no pueden combatir, no tiene derecho a manifestar pretensiones ambiciosas, porque nadie hace de ellos caso ni cuenta con ellos para nada».⁴⁴

En su conferencia sobre *El comercio español y la cuestión de África*, Costa repite incansablemente la necesidad de estimular el comercio como medio de establecer alguna preponderancia en el país magrebí. La guerra de 1859 supuso la preponderancia de los españoles en el imperio marroquí, con sus cinco plazas fuertes en la costa mediterránea y la concesión de una nueva en el Atlántico. Pero para mantener esa influencia hacía falta una diplomacia acondicionada a los caracteres de la diplomacia magrebí, muy diferente de la occidental; y un comercio muy activo con las costas del Mogreb. En el primer supuesto, nuestros diplomáticos nunca estuvieron a la altura de los ingleses (en especial de Mr. Drummond Hay), y durante la revolución de septiembre y los comienzos de la Restauración se fue perdiendo esa influencia. En cuanto al comercio, baste decir que [según datos que ofrece Joaquín Costa] el comercio exterior marroquí estaba copado en un 60% por los ingleses, un 25% correspondía a Francia, y el 15% restante se repartía entre Portugal, España y Bélgica. La cifra española se reducía a un 4%, de la que la parte correspondiente a la exportación es la más importante. Para Joaquín Costa, nada justificaba esta desidia por parte de los comerciantes españoles: la distancia era tan escasa que se podría llamar al comercio entre las dos costas mediterráneas de cabotaje; los puntos que poseía España en la costa africana eran suficiente garantía de seguridad para los barcos españoles que faenaban por el Mediterráneo; las facilidades venían además aumentadas por la intervención, en aquel momento, de las aduanas por los representantes españoles; la favorable acogida de muchos de los del interior de aquel país [Costa cita entre éstos a «renegados españoles, que no se han olvidado de su patria, millares de judíos que sienten simpatía hacia nosotros, y tribus que recuerdan con orgullo los tiempos en que sus antepasados dominaban en Granada» ¡!]; y la conveniencia de nuestros productos para el intercambio, que darían vida a nuestras industrias y a nuestra marina mercante. Sin embargo, son los ingleses los que monopolizan la

mayor parte del comercio de esta costa. «Lo repito: nuestros enemigos en Marruecos no son los marroquíes; son los ingleses... Por desgracia, la recíproca no es cierta: los enemigos de Inglaterra en Marruecos no somos nosotros, porque de nosotros no tiene que temer nada: son otros extranjeros. Tánger es hoy teatro de una rivalidad sorda entre Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, rivalidad a que somos nosotros tan extraños, que nadie diría que había una España a la otra orilla del Estrecho».

En el pensamiento económico de Costa, las reformas de los aranceles en sentido liberal, la modernización de la industria y la marina, la dinamicidad del comercio con el aumento de las relaciones comerciales, son principios que se ajustan a la doctrina librecambista de la que Costa sería partidario. «Las reformas de los aranceles de aduanas en sentido liberal abaratan los artículos extranjeros, desarrollan las importaciones, activan la producción nacional y, como efecto, y al propio tiempo como condición, robustecen y acrecientan el comercio de exportación, y encuentra la marina fletes abundantes, tanto a la ida como al retorno». Unida a esta reforma librecambista, permitir el *comercio de tránsito* por parte del Gobierno español, el único que no lo hace todavía en toda Europa, vendría a dar al comercio español proporciones mucho mayores. «Reviste éste dos formas distintas, según se limite a tener en depósito la mercancía o se extienda a elaborarla: su base común es la franquicia de derechos de aduana mientras el producto no sea consumido en el interior».⁴⁵

Junto al comercio exterior la actitud de los pescadores es también criticada por Joaquín Costa en esos momentos. El desaprovechamiento de las pesquerías canarias por parte, tanto de los pescadores vascongados tras la pérdida de los bancos de Terranova, como por parte de los catalanes, andaluces y levantinos, le parece a Costa un error de los pescadores españoles, que podrían haberse hecho con dicho negocio, «prestando un servicio eminentísimo a la población española, doliente de anemia por la carestía de los alimentos, y abasteciendo abundantemente, y con gran provecho suyo, los mercados de Portugal, Italia, Francia, Senegal y Argelia».⁴⁶ La crítica de Costa a la comodidad de los productores y del Gobierno se deja traslucir en otras partes del discurso que mantuvo durante los años 1882 y 1883. «El Mogreb está tan lejos de nosotros, mercantilmente hablando, como la China. El apego exagerado de nuestros navieros a lo tradicional, la falta de flexibilidad para plegarse a las exigencias de los tiempos, la anestesia, nunca bastante llorada, de su antiguo genio mercantil, que provocó el Estado con irritantes y absurdos privilegios, han esterilizado para nosotros el Tratado de comercio de 1861, y, lo que es peor, han destruido hasta en su raíz la obra de Wad-Ras... La multiplicación de las vías interiores de comunicación y la rebaja y unificación de las tarifas de ferrocarriles, se traduce en un aumento inmediato de fletes para la marina».⁴⁷ El problema de la Marina española es una constante en el pensamiento de Joaquín Costa. El atraso de la marina mercante española es, a su juicio, debido a la lentitud en la incorporación de ésta a las novedades técnicas de la época. «Hay que adaptar el buque al mercado; que el mercado al buque no puede ser. Pero esa adaptación que, por punto general, es difícil en todo tiempo, es imposible en períodos de transición, en que los mercados tradicionales se pierden, algunos nuevos se crean y los demás se transforman, y en que las condiciones del buque se alteran y no se tiene de ellas suficiente experiencia».⁴⁸

Este es el Costa luchador e inconformista que había sido introducido por Rafael Torres Campos en la Sociedad Geográfica de Madrid el 24 de abril de 1883, como profesor de la Institución Libre de Enseñanza y director de las excursiones por los alrededores de Madrid que la ILE programaba como parte de la enseñanza de la Geografía. El ingreso de Costa, junto con el de Repáraz, forma parte de un plan establecido por unos cuantos institucionistas para encontrar un foro que recogiese sus propuestas de impulsar la presencia española en África,⁴⁹ provocando así una catarsis en las estructuras de la Geográfica, en sus tranquilas charlas de discusión teórica. Y fue precisamente en una de ellas, cuando se discutía sobre los temas a debatir el siguiente curso, los días 5 y 22 de mayo de ese año, que Costa tomó la palabra para decir que, en su opinión, la Sociedad Geográfica debía dar por terminado «su período de iniciación y de propaganda teórica», después de siete años de existencia, para entrar en «un período de vida menos especulativa y más en armonía con las exigencias de la opinión despierta ya, por fortuna, para los problemas de exploración y colonización en el vecino continente».⁵⁰ Alonso Baquer explica muy bien ese tránsito de la vida contemplativa a la vida activa: «Costa, el krausismo, y la Institución Libre de Enseñanza se esforzaban por hacer descender la vida intelectual española del plano teórico y literario al plano de las realidades concretas».⁵¹ La Junta propuso que Costa ampliara su pensamiento en un proyecto escrito que el socio, sin demorar un momento (tal era su capacidad de trabajo y su vehemencia cuando defendía una propuesta), leyó en la Junta siguiente. En su exposición, Costa alabó el trabajo realizado por la Geográfica hasta ese momento en su vertiente teórica y de divulgación, pero había llegado el momento en el que España debía reanudar «sus gloriosas tradiciones como nación exploradora y civilizadora por excelencia..., estimulada por el ejemplo tentador que le ofrecen casi todas las naciones europeas, y aguijoneada por la prisa que alguna de ellas se dan en implantar su bandera y asentar para siempre su dominación en las últimas porciones del planeta todavía desconocidas o inocupadas». Para ello recomendaba Costa pedir la colaboración del Gobierno, hasta ahora poco preocupado con los problemas coloniales, y despertar la opinión del país, «que apenas si ha principiado a tener conciencia de sus destinos como nación y como raza, y de los deberes que le imponen sus aptitudes y su historia».⁵² La Sociedad, por su parte, debe tomar la iniciativa y predicar con el ejemplo, buscando consejo y ayuda en los representantes del comercio, la industria, la administración, y la ciencia. Y, para que el discurso no sonase demasiado vago, Costa propone cinco actividades concretas a llevar a cabo a corto y medio plazo, que van desde la publicación de una *Biblioteca geográfica popular*, hasta la celebración de un Congreso de Geografía, pasando por la realización de viajes de exploración a la costa del Golfo de Guinea, la fundación de estaciones civilizadoras, la celebración de discursos explicativos en las diferentes capitales del país, la gestión cerca del Gobierno para el establecimiento de estaciones militares de apoyo a las expediciones y para que destine fondos, cuyo objetivo había caducado, a la exploración y civilización del África.

La intervención de Costa suscitó un animado debate y, finalmente, la Junta acordó que una Comisión Organizadora (en la que participaron, además de Costa, Cesáreo Fernández Duro, Martín Ferreiro, Rafael Torres Campos y Ricardo Beltrán y Rózpide) preparase el citado Congreso para el otoño siguiente. La labor de Costa

en la preparación del Congreso, durante ese verano fue incansable, redactando las cartas que se enviaron a las sociedades y personalidades participantes, y proyectando el programa que había de discutirse entre los días 4 y 11 de noviembre. Los propósitos que llevan a la celebración del Congreso de Geografía colonial y mercantil quedan plasmados en la Circular informativa sobre el mismo: «Los tropiezos que en estos últimos años ha sufrido la política colonial de España, debidos no tanto a la debilidad y pobreza del país, cuanto al desconocimiento general de las bases en que dicha política debía fundarse; el abandono en que se han dejado nuestros territorios en la costa de Berbería y del golfo de Guinea, a costa de tanta sangre adquiridos; la ruina de nuestra influencia en Marruecos; la pérdida dolorosa de nuestros derechos seculares en la costa septentrional de Borneo: el litigio suscitado por Gobiernos extranjeros acerca de la posesión del archipiélago de las Carolinas; el estado poco lisonjero, y tal vez decadente, de nuestra marina mercante; la torcida dirección adoptada por nuestros emigrantes, cuyo trabajo, capitalizado en miles de millones, va a enriquecer a naciones y colonias extranjeras; la crisis que en estos momentos están atravesando las vastas posesiones de una nación hermana, y el funesto desenlace que puede preverse; la ausencia de nuestro comercio y el eclipse de nuestra diplomacia en las costas del Mar Rojo y en los vicariatos del Tomkín, cristianizados por nuestros misioneros; la rapidez con que la raza sajona se dilata por el planeta, ocupando a toda prisa o preparando la ocupación inmediata de los últimos territorios que todavía quedan libres en África, en Asia y en Oceanía, y comprometiendo el porvenir, y hasta la existencia de la raza española; la noble emulación con que todas las naciones europeas (incluso aquellas que, como Portugal, no disponen de las fuerzas de que nosotros disponemos, o que, como Italia, no tienen, cual tenemos nosotros, tradiciones coloniales y extensos territorios en todas partes del mundo, y aptitudes colonizadoras, demostradas por una experiencia de siglos) atacan el continente africano con las armas civilizadoras del comercio, de la religión y de la ciencia, haciéndolo entrar en el concierto de la humanidad; y la indiferencia de los partidos políticos ante estos sucesos, cuya gravedad principia a alarmar con sobrado motivo a la opinión pública, -han hecho pensar a la Sociedad Geográfica si no sería preciso, y aún urgente celebrar una reunión de todas las asociaciones que representan fuerzas vivas de la nación, a fin de comunicarse sus impresiones acerca de los problemas trascendentalísimos de geografía política y comercial puestos a la orden del día, y llegar a un acuerdo común que sirva de base para emprender una campaña activa de carácter práctico, hasta conseguir que España reanude las gloriosas tradiciones de sus antiguos navegantes y exploradores, dando término a la triste situación actual, más que de atraso y estacionamiento, de bochornosa decadencia».⁵³ Como se ve, la amplitud del pensamiento de Costa se sale del ámbito africano cuando se plantea una reunión de esta índole.

Pero las ambiciones costianas se verán recortadas rápidamente en el desarrollo de este Congreso, en el que tendrá que hacer la introducción inicial -ante la inasistencia de las personalidades políticas invitadas, que alegaron problemas de salud-, ver una ponencia sobre la situación de la marina española censurada por la intervención del Ministerio del ramo,⁵⁴ soportar la necesidad de una reunión secreta para salvar, al final, el escaso compromiso a que llevaban unas conclusiones votadas por la

gran mayoría -curiosa paradoja-, o ser testigo de cómo las voluntades entusiastas del comienzo se moderaban con el discurso de clausura -capaz de helar los ánimos más ardientes- de Cánovas del Castillo. A pesar de todo, la fundación de la Sociedad española de Africanistas y Colonistas, como brazo ejecutor de las ideas coloniales vertidas en la Sociedad Geográfica y en el Congreso de Geografía, vendrá a dar cumplida satisfacción de las ansias participativas con que Costa animaba a la asamblea en el discurso inaugural. «Descubierto a mediados del siglo ese Nuevo Mundo que se llama el África Austral, la Europa se ha precipitado sobre él con más ardor, si cabe, que España en el siglo XVI sobre el continente americano: diríanse poseídas de un vértigo las naciones europeas: en nombre de la civilización y de la ciencia, se han dado cita todas en ese mundo misterioso, incluso aquellas que, como Italia y como Alemania, no tienen intereses que conservar ni tradiciones que proseguir; incluso aquellas que, como Suiza, no poseen un palmo de costa en los mares y carecen de todo vínculo geográfico con las tierras ultramarinas. Sólo España ha faltado, no obstante hallarse pared por medio de África y ser ésta la tierra predilecta de nuestro pueblo». ⁵⁵ Será la Sociedad de Africanistas desde donde Costa pretenderá acabar con la inactividad de la política exterior española en asuntos coloniales, y en ella actuará como *alma mater* y estudioso de las posibilidades coloniales de España en el vecino continente africano.

NOTAS

¹ Cf. LÉCUYER, M.C. y SERRANO, C., *La guerre d'Afrique et ses repercussions en Espagne*, París, PUF, 1976, p. 238

² Sobre el pensamiento africanista de Cánovas del Castillo, desde esta óptica, es fundamental el libro de MELÉNDEZ MELÉNDEZ, LEONOR, *Cánovas y la política exterior de España*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944; mientras que, para el pensamiento de Donoso Cortés, existen tres conferencias de SEVILLA ANDRÉS, Diego; GALINDO HERRERO, Santiago y FRAGA IRIBARNE, Manuel, agrupadas bajo el título *África bajo el pensamiento de Donoso Cortés*, Madrid, I.D.E.A., 1955, que son de gran utilidad.

³ Cf. LÉCUYER y SERRANO, op. cit., pp. 245-52.

⁴ COSTA, Joaquín, «La marina española o la cuestión de la escuadra», en *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado... Actas*, Madrid, Fortanet, 1884, pp. 292 y ss.

⁵ HERNÁNDEZ SANDOICA, María Elena, *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración, 1875-1887*, Madrid, UCM, 1882, pp. 22-23.

⁶ COELLO, Francisco, *La cuestión del Río Muni. Conferencia pronunciada el 9 de enero de 1889 en la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, Tip. Fortanet, 1889, p. 13.

⁷ GIL NOVALES, Alberto, «Abolicionismo y librecombio (Labra y la política colonial española en la segunda mitad del siglo XIX)», en *Revista de Occidente*, nº 59, Febrero, 1968.

⁸ MESA, Roberto, *La idea colonial en España*, Valencia Fernando Torres, 1976, pp. 91-92.

⁹ Cf. JOVER ZAMORA, José María, *Política, diplomacia y humanismo popular: Estudios...*, Madrid, Turner, 1976, p. 126.

- 10 MERLE, Marcel y MESA, Roberto, *El anticolonialismo europeo. Desde Las Casas a Marx*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 274.
- 11 Cfr. GRAHAM, John T. *Donoso Cortes. Utopian romanticist and political realist*, Columbia, University of Missouri Press, 1974, pp. 1 y 2.
- 12 Cf. MORALES LEZCANO, Víctor, *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, UNED, 1988, p. 75.
- 13 Citado por MARTÍNEZ VAL, José María, «Esquema histórico del africanismo español», en *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, n.º 69, Enero 1964, p. 33.
- 14 SEVILLA ANDRÉS, Diego cita a Donoso Cortés en su conferencia, «Donoso Cortés y la misión de España en África», en *África en el pensamiento de Donoso Cortés*, Madrid, C.S.I.C., 1955, p. 15.
- 15 Op. cit., p. 18.
- 16 Op. cit., p. 23.
- 17 GALINDO HERRERO, Santiago, «España y la comprensión entre Europa y África», en *África en el pensamiento de Donoso Cortés*, op. cit., p. 41.
- 18 FRAGA IRIBARNE, Manuel «Donoso Cortés ante el problema africano», en *África en el pensamiento de Donoso Cortés*, op. cit., p. 64.
- 19 Cf. VILAR Juan Bautista, «Cánovas africanista» en *África*, Febrero 1972, pp. 15-18.
- 20 Cf. MELÉNDEZ MELÉNDEZ, Leonor op. cit., pp. 256-57.
- 21 CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, *Apuntes para la historia de Marruecos*, Madrid, Imprenta de «La América», 1860, p. 204.
- 22 Cf. VILAR, Juan Bautista, Op. cit., p. 16.
- 23 REPÁRAZ, Gonzalo, *España en África y otros estudios de política colonial*, Madrid, Imp. de «La Justicia», 1891, p. 7.
- 24 REPÁRAZ, Gonzalo, op. cit., pp. 20-21.
- 25 *Congreso español de Geografía...*, op. cit., tomo II, p. 251.
- 26 «Sesión número 69, del 19 de enero de 1885», en *Diario de Sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados*, tomo IV, pp. 1733-1754.
- 27 «Memorándum del Gobierno a las Potencias de Europa», en *DSC*, Sesión del 17 de agosto de 1896, p. 2392, citado por MELÉNDEZ MELÉNDEZ, Leonor Op. cit., p. 255.
- 28 Cf. PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de estudios y publicaciones, 1966, pp. 219 y ss.
- 29 GIL NOVALES, Alberto, [Sin título], Texto mecanografiado.
- 30 GIL NOVALES, Alberto, «Joaquín Costa: de la crisis finisecular al socialismo», en *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, nº 2, Madrid, 1985.
- 31 CHEYNE, George J.G., «Joaquín Costa y la educación», en *Ensayos sobre JOAQUÍN Costa y su época*, s.l., Fundación «Joaquín Costa», s.a., p. 136.

- 32 CHEYNE, George J.G., «Labor verdaderamente asombrosa», en *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Ediciones Ariel, s.a.
- 33 Cf. COSTA, Joaquín, «El comercio de Roma en el Sáhara y el imperio de los Garamantes», en *BILE*, año VI, nº 122, Madrid, 16 de marzo de 1882, pp. 56-58, y «Antiguas civilizaciones en el Sáhara», en *BILE*, año VI, nº 130, Madrid, 16 de julio de 1882, pp. 157-58.
- 34 Cf. COSTA, Joaquín, «Otro viajero español en África», en *BILE*, año I, nº 9, pp. 33-34.
- 35 COSTA, Joaquín, «Maestro, escuela y patria», en *El método intuitivo en las escuelas primarias*, 1882, p. 134, citado por Sanz García, José María, «Costa, un geógrafo capaz y comprometido. El primer ecologista», en *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, nº 2, Madrid, 1985, p. 62.
- 36 CHEYNE, George J.G., «Labor verdaderamente asombrosa», op. cit., cap. XII.
- 37 GIL NOVALES, Alberto, «Joaquín Costa y la Historia Nacional», en *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura, 1984, p. 83.
- 38 COSTA, Joaquín, «España y África». Artículo periodístico lleno de datos eruditos, del que, por ahora, únicamente conozco el título y el autor; aunque debe corresponder a sus primeros años africanistas, pues después del Desastre su forma de entender la actuación de España en África cambiará ostensiblemente.
- 39 COSTA, Joaquín, *El comercio español y la cuestión de África*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación y Jurisprudencia, 1882 [Separata]. También citada como, «Política y comercio de España en África», en *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, nº 57.
- 40 Cf. JOVER ZAMORA, José María, *Política, diplomacia y humanismo popular...*, op. cit., p. 126.
- 41 COSTA, Joaquín, *El comercio español y la cuestión de África*, op. cit.
- 42 COSTA, Joaquín, «Santa Cruz de Mar Menor y la prensa española», en *BILE*, Año VI, nº 131, Madrid, 31-VII-1882, p. 169.
- 43 COSTA, Joaquín, *El comercio español...*, íbid.
- 44 Íbid.
- 45 COSTA, Joaquín, *Ideario español*, [Recopilación de GARCÍA MERCADAL, José], Madrid, Biblioteca Nueva, 1932, pp. 132-33.
- 46 Op. cit., p. 75.
- 47 Op. cit., pp. 76-77.
- 48 Op. cit., p. 74.
- 49 Cf. SANZ GARCÍA, José María, «Costa, un geógrafo capaz y comprometido...», op. cit., p. 56.
- 50 *Congreso español de Geografía...*, op. cit., tomo I, pp. 5 y 6.
- 51 ALONSO BAQUER, Miguel, *Aportación militar a la cartografía española en la Historia Contemporánea*, Madrid, Instituto de Geografía Aplicada del Patronato «Alonso de Herrera», C.S.I.C., 1972, p. 177.

52 Op. cit., p. 7.

53 «Circular informativa sobre la celebración de un Congreso de Geografía colonial y mercantil», en *BSGM*, 1^{er} sem. 1883, tomo XIV, pp. 468-70.

54 Cf. COSTA, Joaquín, en *Revista Nacional*, 20 de septiembre de 1899, p. 237, citado por. FERNANDEZ CLEMENTE, Eloy, *Joaquín Costa y el africanismo español*, Zaragoza, Angel Guinda, 1977, p.39

55 *Congreso español de Geografía....*, op. cit., tomo I, p. 52.

